

DISCURSO

DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR JOSÉ MARÍA MONTOYA

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina, señores académicos, señoras, señores.

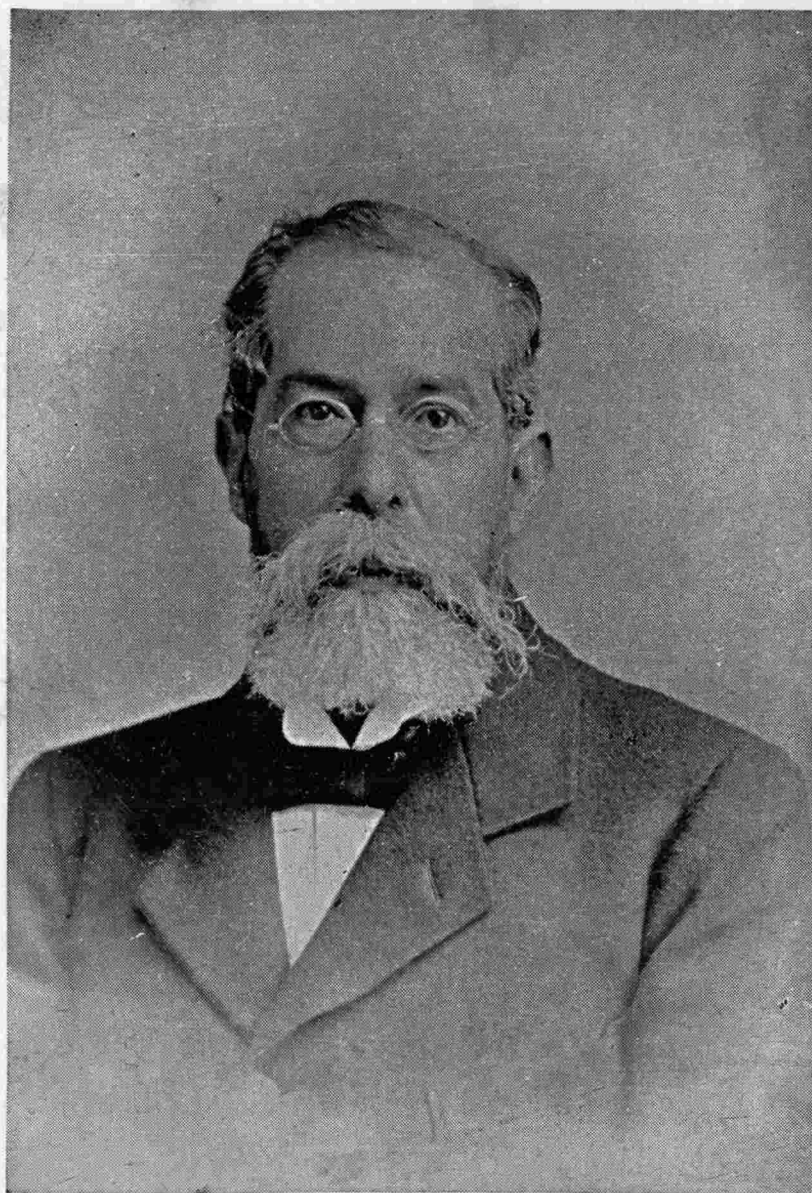
La Academia Nacional de Medicina ha tenido la noble idea de variar sus Estatutos en el punto relativo a la admisión de los socios de número, y exige, una vez invitados por ella a aquellos que cree dignos de tan grande honor, que al tomar posesión del sillón académico se lea un elogio acerca de alguno de sus antiguos miembros.

Por el voto de los eminentes médicos y hombres de ciencia que forman ésta, la más alta corporación científica del país, me ha cabido el inmerecido honor de ser llamado a ocupar puesto entre ellos, y para cumplir con el precepto reglamentario voy a leer algo acerca de uno de los fundadores de esta Academia, eminentísimo hombre de ciencia, notable instructor, ejemplar jefe de familia e inmejorable amigo: doctor NICOLÁS OSORIO Y RICAURTE.

Para poder dar una ligera idea de lo que fue NICOLÁS OSORIO, creo necesario entrar a estudiar algo sobre su origen, en qué condiciones creció y cuáles fueron las influencias que obraron en su espíritu desde temprano para llegar al fin de la vida lleno de honores y ocupando en el país y fuera de él una posición científica tan bien cimentada.

Entre los compañeros del *Precursor* se encuentra la figura de don Alejandro Osorio y Uribe, estudiante en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá, que, al decir de los historiadores patrios, fue la cuna de nuestra emancipación política. En esas aulas estudiaba el joven Osorio, pocos años antes de estallar la revolución, latinidades y los cursos superiores, los cuales, una vez terminados, le permitieron vestir la toga de abogado.

Al iniciarse en el país el movimiento revolucionario, Osorio marchó con su amigo y futuro pariente político como Auditor de Guerra del Ejército que éste



Dr. Nicolás Osorio

10 de Septiembre de 1838

† 21 de Diciembre de 1905

comandaba, y que fue a sucumbir a Pasto. Terminada esa desgraciada campaña regresó el joven Osorio a Bogotá, e inmediatamente fue nombrado Secretario del Congreso. Su talento y decisión por la causa de la Independencia hicieron que sus compatriotas lo distinguieran desde entonces, y lo llamaran a ocupar puestos de mucha importancia en la República.

Sometido el país a la férrea bota de Morillo, Osorio se presentó espontáneamente a la Audiencia española, y ante este Tribunal Osorio no negó su amor por la causa de la Independencia. Su acusación, pues de tal se puede calificar la defensa que hizo de sus actos como patriota, fue una pieza tan bien razonada que tal vez, gracias a la firmeza de las ideas y al gran valor civil que en ella demostró, hizo que sus Jueces lo absolvieran y lo dejaran en plena libertad. Entonces lo vemos surgir como hombre caritativo y amante de sus semejantes, pues se dedicó a servir de abogado gratuito, ante ese mismo Tribunal, a todos los patriotas que por un motivo u otro eran llamados a responder de sus actos ante ese grupo temible de realistas. ¡Pocos, muy pocos, fueron los que en esa época de terror tuvieron el valor de enfrentarse en lo civil a los españoles!

No es de extrañar que al abandonar la capital el Virrey Sámano aclamaran a Osorio sus conciudadanos para ocupar el puesto de la primera autoridad civil de la ciudad. En este importante y delicado puesto lo encontró el Libertador al entrar triunfante de Boyacá, y ese mismo día le discernió el altísimo honor de nombrarlo su Secretario General. Cuando el Libertador emprendió viaje para Venezuela quiso que Osorio lo acompañara; pero este hombre, eminentemente civilista, rehusó el honor ofrecido tan espontáneamente, y se quedó en Bogotá ayudando al General Santander a la organización de la República y despachando la Cartera de Relaciones Exteriores, e interinamente la de Guerra, en la Administración del Hombre de las Leyes.

Al convocarse la histórica Convención de Cúcuta fue nombrado miembro principal por Cundinamarca, y cúpole el alto honor de ser elegido para presidir el segundo período de esa corporación, reemplazando al eminente y benemérito patricio don José Félix de Restrepo, quien fue el primer Presidente de tan augusta Convención.

De Cúcuta regresó a su ciudad natal, e inmediatamente sus conciudadanos, aprovechando sus profundos conocimientos jurídicos, lo nombraron Juez del Tribunal de Apelaciones; pero ya se principiaba a sentir el influjo de los civilistas, y era necesario darle impulso a la instrucción pública, y nadie mejor que Osorio podía encauzar este ramo tan importante y principalísimo en una República ordenada y deseosa de progreso. Por esta razón duró algún tiempo de Director de Instrucción Pública. Cuando el ramo estaba ya organizado a grandes rasgos y dando frutos, se hizo necesario atender a los detalles, y por eso lo vemos descender del alto puesto que ocupó para hacerse cargo de la Secretaría de la Universidad, recientemente organizada. Allí prestó importantísimos servicios.

Pero como la cuchilla pacificadora de Morillo había dejado tan pocos hombres pensantes y de instrucción, los pocos que quedaron tenían por necesidad que estar aquí y allá prestando sus servicios donde más se necesitara para llevar a la República por los senderos de la paz y la tolerancia, al puesto con que soñaran esos ilustres patricios fundadores de la Patria colombiana. Este, sin duda, es el motivo por que vemos a Osorio ocupar sucesivamente los puestos de Fiscal del Tribunal, Juez de la Corte de Cuentas, Juez de la Corte de Apelaciones, Juez de la Corte Suprema de Justicia y miembro del Consejo de Estado.

Esta actividad en servicio de la Patria al fin agotó al eminente hombre público, y cuando el Libertador quiso que Osorio encabezara su Ministerio, éste se excusó por falta de salud, y Bolívar, condecorador de las grandes virtudes cívicas que lo adornaban, no aceptó la excusa que por enfermedad le mandó, diciéndole: "Despachará usted desde su cama; quiero que el nombre de usted vaya al frente del Ministerio."

Me haría interminable si siguiera estudiando la vida del que fue progenitor del lamentado académico; cuyo esbozo me he propuesto hacer ante vosotros. Sólo me falta hacer mención de la respetable matrona doña Antonia Ricaurte y Nariño, esposa que fue de don Alejandro y madre del ilustre médico doctor Nicolás Osorio. El solo enunciado de estos apellidos gloriosos nos da una clara y precisa idea del carácter y de las virtudes que adornaron a tan interesante dama y que fueron la fuente de consejos y buenos ejemplos que tuvo Nicolás Osorio en los primeros años de su vida.

Recordemos, sin embargo, que en los anales de la guerra magna aparecen treinta y siete individuos que hicieron ilustre el apellido Ricaurte, y que a doña Antonia y a su hermana las puso presas el pacificador Morillo, les recortó el cabello y las envió a la vecina población de Zipacón con una carta para el Cura párroco, en la cual le decía que le enviaba esas para que las tuviera en la cárcel y les enseñara la doctrina.

De tan ilustre abolengo colombiano nació Nicolás Osorio y Ricaurte el 10 de septiembre de 1838 en esta ciudad de Bogotá. Como ya dije, fue al pie de doña Antonia Ricaurte y Nariño donde Osorio principió a darse cuenta de la vida, de sus obligaciones y deberes. Una sobrina del héroe de San Mateo le enseñó a amar a Dios y a su Patria sobre todas las cosas, y la misma matrona, sobrina también del Precursor, le inculcó los deberes del ciudadano. El Secretario General del Libertador y antiguo alumno del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario lo inició en el amor al estudio y a la humanidad.

Los estudios de primeras letras los hizo Osorio en la escuela que por ese entonces regentaba don Mateo Esquiaqui, en esta ciudad; de ésta pasó a hacer estudios mas serios al Colegio de Jesuítas; bajo la tutela de los hijos de Loyola estudió hasta el año de 1850; entonces pasó al Colegio que en la hacienda de Yerbabuena acababa de fundar su pariente el señor José Manuel Marroquín, Colegio que, a usanza de los de su clase en otros países, desarrollan en el alumno no solamente las facultades mentales, sino que procuran inculcar en el ánimo del educando un verdadero amor por la Naturaleza, al tiempo que cultivan las fuerzas físicas del individuo. Esta clase de colegios o escuelas no nos ha sido posible aclimatar entre nosotros que tanto necesitamos de hombres fuertes y róbustos, dueños de sí mismos, inteligentes e instruídos, que sepan trabajar la tierra al mismo tiempo que defenderse de los embistes de la naturaleza bravía de nuestros trópicos.

Labor digna de esta Academia sería el propender por el cambio o la modificación del plan de estudios en los planteles educacionistas nacionales; en casi ninguno de ellos se presta la debida atención al desarrollo físico de la juventud. Rector hay en Bogotá que a pesar de abundar en estas ideas, no se atreve a llevarlas a cabo por temor a los padres de familia, pues según

confesión propia, teme ver disminuída la matrícula si impone en el plantel confiado a su cuidado el sistema preconizado por uno de los hombres que más se ha preocupado en el mundo por la educación de la juventud, el Profesor Alliot, Presidente honorario de la Universidad de Harward, quien, después de muchos años de práctica como educacionista, llegó a la conclusión de que para que el joven aproveche verdaderamente el tiempo que se gasta en su educación, debe repartir el día en tres porciones iguales y emplear ocho horas en estudios y recitaciones, ocho en dormir y las ocho restantes en ejercicios y recreaciones al aire libre.

Reformar el internado de nuestros colegios, hacer que los alumnos adquieran hábitos higiénicos, que duerman en salas cuya cubicatura corresponda al número de habitantes, que aprendan a cuidar de su piel en debida forma, que adquieran vigor físico haciéndolos luchar en juegos atléticos que al mismo tiempo que los desarrolla físicamente les desarrolla la confianza en sí mismos, los enseñan a contener las pasiones, los educan para tomar determinaciones rápidas y certeras, es labor digna de hombres que tienen como meta el mejoramiento de la raza y el engrandecimiento de la Patria.

En el Colegio de *Yerbabuena* permaneció Osorio cerca de cuatro años, y fue su conducta tan ejemplar y su aplicación tan singular, que a pesar de sus pocos años fue nombrado, a contentamiento de sus discípulos, Catedrático auxiliar, principio de su carrera docente, en la cual adquirió con el tiempo tan merecidos títulos. No se crea que Osorio, a pesar de sus aficiones al estudio, descuidaba su desarrollo físico, pues en este Colegio los muchachos aprendían a montar a caballo, enlazar reses, y en ocasiones solemnes, tales como la celebración del onomástico de su fundador y Director, se hacían corridas de novillos, y Osorio nunca se quedó atrás de sus compañeros en estos deportes nacionales.

De este Colegio pasó en 1855 al que en ese año dirigía en esta ciudad el presbítero don Antonio José de Sucre en asocio de don Antonio B. Cuervo, hermano éste último de uno de los hombres que más brillo y renombre le han dado a las letras colombianas, don Rufino J. Cuervo. Fue este Colegio uno de los mejores planteles privados de educación con que ha contado el país, pues a más de sus ilustres Directores tenía como Catedráticos a hombres de la talla de José Ignacio de

Márquez, ex-Presidente de la República, y a Benigno Barreto, honra y gloria del Foro nacional. Entre los estudiantes de ese Colegio figuraban don Rufino J. Cuervo y muchos otros cuyos nombres se veneran en el corazón de todo colombiano que se preocupe un poco por las glorias nacionales.

Un hijo de un patricio no podía menos de estudiar Filosofía y demás estudios superiores en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y fue en este viejo plantel donde Osorio dio principio a los estudios de Medicina y Ciencias Naturales, bajo la sabia dirección de Ezequiel Uricoechea, José Félix Merizalde, Librado Ribas y el conocido botánico doctor Bayón. Visitaba en esa época el hospital el doctor Ribas, y Osorio tuvo la suerte de ser nombrado practicante de este clínico, cuyas cualidades de investigador y aliviador de la humanidad doliente nos han llegado a través de los tiempos; y aquí se puede decir principia la carrera médica de Osorio, y muy seguramente debido a la influencia de aquel su primer maestro en el arte de curar fue por lo que Osorio acometió y coronó tan brillantemente su carrera profesional como internista. Aún no se había fundado la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, de manera que no era posible obtener aquí el título de médico y cirujano, pues solamente funcionaba una especie de escuela privada que, como lo veremos más adelante, vino a convertirse en nuestra actual Facultad, a la cual Osorio le dedicó en años posteriores tanto cariño y tanta consagración.

En este estado de su educación, y en vista de no poder obtener el título en Bogotá, resolvió trasladarse a Europa. Una vez en París, se matriculó en La Sorbona, y a poco tiempo salía con el título de Bachiller de esta antigua Escuela francesa, de donde han salido muchos de los grandes sabios con que se ufana con tanta razón la Francia, sabios que al tiempo que le han dado a la Escuela francesa tan merecida fama en el mundo científico, le han prestado tan importantes servicios a la humanidad entera.

Con el diploma de Bachiller ya le fue posible a Osorio ingresar a la Facultad de Medicina de París para continuar en ella los estudios profesionales que en buena hora había principiado en Bogotá.

Sin ningún tropiezo fue ganando sus cursos, y a su debido tiempo entró como interno a los hospitales de

París, primer colombiano y tal vez único, que sepamos, que haya obtenido tal distinción.

Aquí ya principia a descollar como clínico sagaz. Cuentan las crónicas que en una ocasión se estaban verificando unos exámenes de un concurso para médicos de los hospitales. El Profesor Grisollé presentó un enfermo al candidato, quien, después de un largo y prolijo examen, se decidió por algún diagnóstico. Osorio presenciaba el examen, y cuando los miembros del Jurado calificador se retiraron en asocio de los candidatos, Osorio examina al enfermo y da su diagnóstico muy distinto al del examinado; sus condiscípulos se burlan, pero el enfermo muere y se procede a la autopsia, la cual demuestra la equivocación del aspirante al título de Médico de los Hospitales, y confirma lo dicho por nuestro compatriota. Este incidente llega a oídos de Grisolle, quien inmediatamente hace llamar a Osorio, lo felicita cordialmente y lo hace su intérprete para con los enfermos que lo consultan en la lengua española.

Asiste a las aulas de los ya clásicos Velpeau, de quien fue interno, Gosselin y Empis, quienes le manifiestan singular estima, y su amigo, el muy célebre cirujano Pean, en ese entonces disector anatómico, lo distingue hasta el punto de confiarle en repetidas ocasiones la preparación y explicación de los trabajos anatómicos confiados a su cuidado.

Como buen estudiante, no quiere aceptar la palabra autorizada de sus maestros; desea averiguar por sí mismo los fenómenos vitales conocidos entonces, y con gran consagración se dedica a los trabajos de laboratorio. Dos fueron sus estudios favoritos de investigación en ese tiempo: la Anatomía patológica y la Fisiología. Bajo la dirección del Profesor Poyseuille inició un trabajo sobre la diferencia de circulación en el hombre de pie y el hombre acostado. Hubiera sido el resultado de estas investigaciones la tesis de doctorado, pero habiéndose presentado en esos días un caso muy raro de un tumor de la materia gris céfalorraquídea en un adulto, optó por un estudio clínico de estos tumores para su tesis inaugural, venciendo así el amor a la clínica la afición por los trabajos de laboratorio.

Una vez diplomado, sale de París provisto de cartas de recomendación firmadas por los hombres que en esa época eran los Profesores en la Facultad de París, y cuyos nombres, al correr de los años, son conocidos y

venerados en todos los rincones de la tierra donde haya un discípulo de Hipócrates; y esos maestros recomendaban a un extranjero recién graduado a las notabilidades médicas del resto de Europa. Con esas cartas, Osorio visitó las grandes capitales, dando preferente atención a los hospitales y a los métodos educacionistas empleados en los distintos países, sin descuidar tomar nota y estudiar los grandes edificios históricos, los museos de bellas artes y demás atractivos que se presentan en los grandes centros, para un hombre amante de la humanidad y de lo bello.

Viajó un año por Europa y Estados Unidos, y vino a su Patria a poner a la disposición de sus compatriotas esos conocimientos adquiridos con tanta consagración y amor a la ciencia; vino a poner en práctica todos los adelantos científicos alcanzados hasta entonces para aliviar o curar a la humanidad doliente. Como su padre, el cual había muerto durante su ausencia, tomó especial interés por la instrucción pública, y al punto fue nombrado por el Consejo de Profesores de la Escuela Privada de Medicina, que entonces funcionaba en la capital de la República, para desempeñar la cátedra de Clínica interna. No se limitó a esta sola materia el doctor Osorio, sino convencido de que para ser buen clínico se necesita haber sido y ser buen anatomopatologista, inicia los estudios de esta importante ciencia entre nosotros, fundando con su propio peculio el primer laboratorio en Colombia para esa clase de investigaciones.

La Academia Nacional de Medicina, debido en gran parte a la iniciativa de Osorio, tiene un premio anual para ser disputado entre los alumnos de la Facultad, para la mejor preparación anatomopatológica que se presente cada año. Este premio tiene dos objetos: primero, estimular entre los estudiantes el interés por la investigación de las lesiones en el cadáver, y segundo, enriquecer el museo académico. En el último informe de los trabajos ejecutados por la honorable Academia durante los dos años pasados, y presentado por el erudito Secretario saliente, doctor Martín Camacho, al hablar del concurso, dice que no se pudo llevar a cabo por falta de material. Debemos hacer un esfuerzo todos los que pertenecemos a ésta la más noble de las profesiones humanas, por darle brillo y realce a este concurso iniciado en buena hora por los fundadores de la Academia, para así continuar la labor cientí-

fica principiada por ellos con tanto entusiasmo y tanta fe en el futuro.

Desde su llegada a Bogotá principió la labor verdaderamente fecunda del doctor Osorio. Ya hemos visto la preparación tan completa que tuvo. Era pues tiempo de que principiara a dar frutos para bién de la Patria y de sus conciudadanos.

Más o menos al mismo tiempo había llegado a la capital otro joven médico que en París había hecho conocer el nombre y los quilates de la intelectualidad colombiana. Ese otro había descollado en Anatomía al lado de Sappey, quien lo había hecho su preparador anatómico. Rocha Castilla, también fundador de esta Academia, deseoso de prestarle su apoyo al adelanto de las ciencias médicas colombianas, estaba en Bogotá.

Los que se habían formado en el Colegio del Rosario, y que entonces ocupaban altos y merecidos puestos, tanto en lo científico como en lo político y social, acogieron a los jóvenes recién llegados con un entusiasmo digno de las almas nobles, y secundaron con energía y altruismo los anhelos y aspiraciones de Osorio y de Rocha Castilla. A ambos les dieron puestos en la Escuela de Medicina, que seguros de su grandioso porvenir, tenían fundada. A Osorio discernieron el profesorado en la clase de Clínica interna, asignatura que comenzó a regentar con modestia y gran consagración, hasta que en el año de 1867, siendo Presidente de la Cámara de Representantes el inolvidable maestro Plata Azuero, se organizó por ley de la República la actual Universidad Nacional; la Escuela de Medicina Privada, de la cual era Rector Vargas Reyes, entró a formar parte de la Universidad, y Osorio recibió el nombramiento oficial de Profesor de Clínica interna.

En esta nuestra Facultad, Osorio desempeñó durante su vida las cátedras de Clínica interna, Patología general, Patología interna, Patología externa, Anatomía patológica y Medicina legal, y por último, ya al final de la vida, ocupó el puesto de Rector.

Durante su paso por la Rectoría tocáronle épocas un tanto difíciles, tales como la última guerra, durante la cual varias veces el supremo Gobierno quiso cerrar la Facultad, pero la energía de Osorio impidió que se llevara a cabo tan inaudito atropello.

A sus esfuerzos se debe la actual biblioteca de la Facultad, donde pueden consultar varios cientos de

volúmenes científicos y muchas revistas extranjeras, tanto los Profesores como los alumnos de la Escuela de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá.

El cargo de Rector, tan difícil de desempeñar a contentamiento general, lo enaltecíó Osorio por algún tiempo, y no es de extrañar, dadas las dotes de organizador que lo distinguieron y de que tantas pruebas dio durante su larga y meritoria vida, que durante su administración la Facultad hubiera continuado su marcha ascendente, que desde un principio la ha distinguido y de la cual nos enorgullecemos con sobra de razón todos los que por uno u otro modo nos interesamos por su desarrollo y grandeza.

La bondad y rectitud de Osorio hicieron que en varias ocasiones sus discípulos le hicieran manifestaciones espontáneas de admiración y aprecio, cosa rara entre los estudiantes, quienes las más de las veces no ven en el Profesor sino a un verdugo empeñado en detenerlos en la carrera que han pensado seguir, y al cual hay que soportar como se soportan las calamidades necesarias de la vida. Osorio se hacía querer y respetar de una manera especial, hasta el punto que los alumnos sentían que habían cometido falta para con el maestro, cuando, por desgracia, no presentaban un buen examen, como lo prueban los párrafos de una carta dirigida a él, que he tenido el placer de ver, y que dicen :

“Respetado maestro : me creo en la imperiosa necesidad de manifestar a usted mi profunda pena por no haberlo dejado satisfecho con el examen que ayer presenté, que hubiera sido de otro modo si yo no hubiera estado en estos días pasados en circunstancias que me impidieron, en mucha parte, el repasar detenidamente la materia..... Le suplico a usted excuse esta falta, que fue ajena a mi voluntad.”

Ya que os he presentado una muestra de las cartas privadas que con frecuencia recibía el maestro, permítidme que os lea la manifestación que los estudiantes de algunos de los años, que con tanto acierto y tino regentó la cátedra de Clínica interna, le enviaron al terminar el curso, dice así :

“Hemos oído de vuestros labios, durante un año escaso, palabras de erudición y experiencia, las cuales corregían, modificaban o interpretaban la expre-

sión teórica, y juntamente sanas máximas morales, con las cuales se adquieren esa alta y severa honorabilidad, que tanto hermosea vuestra larga práctica. De término tan breve, en verdad, aparte del inmediato fruto, nos quedan provechosas y gratísimas memorias, con las cuales no menguarán, de seguro, ni la amistad ni la respetuosa consideración con que os distinguimos vuestros discípulos. La gratitud, muda y esquivada, suele confundirse con el olvido de los beneficios, y por esto cumple a hombres gratos manifestarla de manera resuelta y sincera."

No creáis que esta es la única manifestación espontánea que recibiera de la juventud universitaria; he escogido una al acaso, de las muchas que existen hoy en poder de sus hijos y que llevan al pie los nombres de un gran número de jóvenes entonces y que hoy son los médicos más afamados, más queridos y respetados en casi todas las poblaciones y ciudades de esta tierra colombiana.

Antes de terminar este ligerísimo estudio de Osorio como maestro, veamos el aprecio en que lo tenían sus antiguos discípulos. La carta que ya en seguida tiene al pie la firma de uno de los hombres más conocidos hoy día en el país, tanto por sus conocimientos científicos como por la parte muy activa y decisiva que le ha tocado desempeñar en esta época de bonanza y de tranquilidad política por que atravesamos.

Dice la carta:

"Mi distinguido maestro y querido amigo: permítame, doctor, que antes de hablar de cualquiera otra cosa, exclame con toda honradez y con el cariño de que es capaz mi alma: ¡qué bueno ser joven actualmente para empezar a estudiar Medicina bajo la dirección del doctor Osorio! ¡Ahora sí se puede aprender Medicina, porque Osorio jamás conoció el egoísmo; ahora sí saldrán médicos honrados, probos y morales, porque a la cabeza de la Escuela está el médico modelo de honradez, probidad y moralidad! Eso es la verdad y lo que tenía que decirle cuando la ocasión se me presentara.

"Oportunamente recibí su telegrama en que me felicitaba por mi matrimonio. Me enternecí muy hondamente al ver los términos en que está escrito su saludo; usted pidiendo para mi hogar bendiciones del cielo, me parece representar algo así como a mi padre. Dios

le pague, doctor, el cariño con que siempre me ha visto.....”

La juventud es, ha sido y será siempre exigente, valerosa, recta en sus juicios, decidora y amante de la verdad. ¿ No os parece que a Osorio le tributó honores que a muy pocos les ha sido dado recibir ? ¿ No hablan muy alto las muestras que acabo de presentar de los quilates docentes de Osorio ?

La labor científica llevada a cabo por Osorio es tan abundante y tan variada que no puedo, dado el corto tiempo de que dispongo, daros una idea justa y precisa de lo mucho que laboró y de lo mucho que escribió durante su vida ; procuraré, sin embargo, llamaros la atención hacia los asuntos más importantes en que se ocupó.

Al recorrer las páginas de la *Revista Médica* y la *Revista de la Junta Central de Higiene* se encuentra a cada paso el nombre del maestro. Unas veces son sus trabajos originales, otras sus conferencias clínicas dictadas en la sala hospitalaria a la cabecera, de los enfermos y recogidas con exactitud y con cariño por sus discípulos, ora son consejos sobre la manera de impedir la entrada de las epidemias tropicales a nuestros puertos o explicando la mejor manera de combatir las una vez desarrolladas. Su pluma fue siempre de las primeras en poner de manifiesto los peligros y las pérdidas que acarrearán las enfermedades infectocontagiosas si se les deja campo libre para producir sus efectos maléficos en las sociedades.

No hay casi punto de Patología interna ni de Higiene pública y privada, que no se encuentre tratado con gran propiedad y con un acopio de datos científicos realmente sorprendente.

Fue de los fundadores de esta corporación, la cual en sus principios se llamó modestamente Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales, y que más tarde, gracias al impulso que le dieron sus fundadores, vino a constituirse, por ley de la República, en Academia y Cuerpo consultivo del Supremo Gobierno en asuntos relacionados con nuestra profesión.

Sus compañeros siempre lo distinguieron y siempre respetaron sus opiniones. En más de una ocasión lo

eligieron Presidente de la Academia por el voto unánime de los académicos. Fue también el Presidente del primer Congreso Médico Nacional, reunido en esta ciudad en 1893, y por muchos años redactó la *Revista de Medicina*, órgano oficial de esta Academia.

En las discusiones que se suscitaron durante su época en el seno de la Academia, siempre tomó parte activa; sus discursos fueron los de un caballero: elevados, serenos, llenos de fuego, de verdad y de erudición. Nunca descendió al terreno de las personalidades, campo de los pequeños, los ignorantes y envidiosos, que valiéndose de errores cometidos en un momento de descuido por un adversario, hacen uso de ellos para tratar de derribar puntos científicos concretos y ajenos por completo al tema en discusión. Osorio, siempre sereno, seguro de su ciencia y haciendo uso de todos los medios científicos a su alcance, venció en más de una ocasión a sus compañeros de Academia, pero nunca sus triunfos fueron motivo para que sus contendores quedaran disgustados personalmente con él, su noble vencedor.

Fue fundador de la Junta Central de Higiene, y en este Cuerpo importante para la sanidad del país, siempre fue escuchado con respeto; sus consejos fueron solicitados con ahinco; y a sus deliberaciones aportó sus luces sin tratar jamás de hacer prevalecer su opinión sobre la de sus ilustres compañeros. Si se pusieran en práctica y se hicieran cumplir de una manera efectiva los múltiples acuerdos sobre higiene que corren impresos en los números publicados hasta hoy de la *Revista de la Junta Central de Higiene*, sería Colombia, a no dudarlo, la nación suramericana más adelantada en el importantísimo ramo de la higiene pública, gracias en gran parte a la labor de Osorio como miembro que fue de ese nuestro honorable Cuerpo directivo de la salubridad nacional.

Entre lo mucho que Osorio dejó publicado, merece mención especial el *Tratado sobre las quininas*.

De los discípulos del sabio Mutis, de quien se puede decir, sin peligro de equivocación, que fue el padre científico de los colombianos, pocos, muy pocos, fueron los que sobrevivieron a la época del terror implantado, en mala hora, por el pacificador Morillo, quien en ocasión memorable, cuando algunos patriotas y realistas fueron a interesarse por la preciosa vida del nunca bien lamentado sabio granadino, gloria no solamente de Co-

lombia y del Continente americano, sino del mundo entero, Francisco José de Caldas, dijo que España no necesitaba de sabios en sus colonias. De ese grupo de hombres que formaron la Expedición Botánica, pocos escaparon al patíbulo, pero esos pocos quedaron para difundir la ciencia en la incipiente República. Algunos de éstos y sus discípulos fueron los maestros que Osorio tuvo en el Colegio Mayor, y de ellos aprendió la necesidad de estudiar las muchas maravillas que la naturaleza ofrece a los habitantes de esta privilegiada tierra colombiana.

Osorio no desperdió las enseñanzas y los ejemplos altruistas de esos ilustres patricios, y ya con repasar algunos de los manuscritos que nos quedaron aquí de aquella célebre Expedición, ya observando y estudiando por su propia cuenta las diversas variedades de la quina, la manera más apropiada de cultivarla, las enfermedades a que está expuesta y cómo se deben combatir las diferentes plagas que la persiguen y destruyen, llegó a formar el libro a que me refiero.

Obra de gran aliento fue ésta, que no ha sido igualada entre nosotros, si exceptuamos el estudio sobre las fiebres, que en buena hora escribió y publicó el actual Presidente de esta Academia, doctor Luis Cuervo Márquez, y el trabajo sobre la lepra, con que recientemente nos ha obsequiado el inteligente e ilustre leprólogo Montoya y Flórez.

Con la obra sobre las quinas debe también recordarse otra no menos importante sobre el café, grano que sin duda es nuestra mayor fuente de riqueza colectiva, ya que las quinas no son lo que fueron en otro tiempo, y que cuando estuvieron en auge, fue cuando Osorio no omitió esfuerzo para hacerlas conocer y enseñar la manera de cultivarlas y beneficiarlas de la mejor manera posible. Lo mismo hizo después con el café; su laboriosidad científica la puso al servicio de la Patria. Estudió las enfermedades del cafeto, y sus conocimientos adquiridos en el laboratorio y en el campo de la experimentación no los guardó para mejorar sus escasos bienes de fortuna, sino que los ofreció al público por medio de libros, para que la Nación entera beneficiara con ellos.

Más tarde, en asocio de otro enamorado de la ciencia y de la raza, otro luchador incansable entre nosotros y que forma parte de esta Academia, el doctor

Pablo García Medina, a quien la Nación ya le debe tan importantes servicios, como la organización de los Lazaretos y el saneamiento de los puertos, se dio Osorio, ayudado eficazmente por García Medina, a la tarea de publicar, en la hermosa lengua española, un tratado sobre los medicamentos nuevos. De esta labor se conservan en las bibliotecas un tomo y tres entregas adicionales, correspondientes a tres años consecutivos y posteriores a la obra original.

La lucha la sostuvieron con ardor y con fe, pero fue muy desigual. Los venció la fuerza de inercia y quizá la envidia, que nos caracterizan como nación, y aquella idea tan arraigada en todo corazón colombiano, de que nada de lo nuestro sirve; que para que un artículo sea bueno necesita marca de fábrica extranjera.

Entre los trabajos que podemos llamar cortos o de periódico, citaré como el más importante el que hizo Osorio acerca de una enfermedad del cabello, enfermedad bastante frecuente en el Cauca, donde primero se observó, y generalizada por casi todo el mundo. Enfermedad que a usanza de muchas otras que llevan el nombre de aquel que primero las descubrió, debía llevar el nombre de Osorio, pero seguramente, debido a la modestia que siempre lo caracterizó, se conoce en el mundo científico con el nombre de *pie*dra, nombre que, según Osorio, se debe a una de las características de la enfermedad, pues los que la sufren sienten al pasar el peine por entre el cabello como si lo hicieran a través de un montecillo de piedras muy finas.

La descripción de esta enfermedad la publicó Osorio en el número 37 de la *Revista Médica* correspondiente al 15 de mayo de 1876.

Veamos cómo describe el doctor Osorio la enfermedad :

“ Cuando se examina uno de estos cabellos, se descubren a la simple vista tuberculitos de forma redonda, del tamaño de la cabeza de un alfiler, negros y de consistencia córnea ; se presentan a distancias casi iguales. Examinándolos con el microscopio con un débil aumento, no puede descubrirse organización alguna ; con un aumento de 350 de diámetro, y tratados por la glicerina, se notan escamas parecidas al epitelio del cabello. Dislacerando con una aguja estos tuberculitos, se descubre que son resistentes y dan la sensación de un cuerpo que tenga consistencia córnea, y las partículas

que se desprenden, presentan los caracteres del epitelio del cabello. Al separar el tuberculito del pelo, se ve que éste queda completo y que existe una depresión en el punto que correspondía al tuberculito que lo rodeaba, como un anillo al dedo."

En una segunda comunicación asegura Osorio que la causa de la enfermedad es un hongo, el *trichomycosum nodosum*, pues en su primera creyó que era producida por la aglomeración del epitelio en ciertos puntos del cabello.

Llama realmente la atención la sobriedad en la descripción, la sencillez del estilo, la falta absoluta del *yo*, en tratándose de una cosa que indudablemente él sabía iba a darle nombre y gloria, no solamente entre sus conterráneos, sino en todo el mundo científico, porque en estos tiempos de laboratorios y grandes institutos de investigación, son muy pocos los afortunados que tienen la suerte de agregar una entidad nueva al cuadro nosológico, y con cuánto ruido lo hacen los que no tienen, como tenía Osorio, el dón más admirable de la sabiduría: la modestia. Y téngase muy en cuenta que cuando Osorio hacía estos estudios no existían en la capital todos los elementos indispensables para llevar a cabo investigaciones de carácter netamente científico.

Causa dolor el ver que en muy pocos de los actuales textos sobre enfermedades de la piel se le reconoce a Osorio el haber sido él el primero en llamar la atención de los clínicos hacia esta enfermedad, y el haber sido él quien encontró y clasificó el hongo, causa única que la produce.

La actividad de Osorio fue asombrosa. Ya hemos visto cómo se preocupó por señalarle al país la manera de explotar las dos producciones agrícolas que en realidad han sido y son la verdadera fuente de riqueza con que cuenta. Ya hemos visto cómo propendió por el adelanto de la instrucción y cómo su principal anhelo era el de servir a su Patria y a sus semejantes en todos los campos de la actividad humana.

Durante muchos años sirvió con especial interés y desprendimiento a los pobres, haciendo parte de la Sociedad de San Vicente de Paúl, organización netamente benéfica, en la cual todos sus miembros sirven, sin remuneración alguna, a la desgraciada humanidad, desde que nace hasta darle cristiana sepultura. Osorio siempre atendió de preferencia a las llamadas de los

pobres, porque, según decía, los ricos pueden, mediante su dinero y su posición social, hacerse servir inmediatamente por uno o por todos los médicos de la ciudad, en tanto que los pobres, que tienen las mismas necesidades que los pudientes, no suelen tener servicio médico oportuno.

Era de verse la manera cariñosa y el interés con que Osorio atendía su clientela particular; su sola presencia parecía servir de alivio a los enfermos confiados a su cuidado. Tímido en el manejo de las drogas, las cuales sabía manejar con primor, con frecuencia se le oía decir que el papel del médico era el de ayudar a la naturaleza a vencer las infecciones, y que en todo caso era preferible prevenir que curar, adelantándose así al concepto actual de lo que debe ser la medicina del porvenir.

En época de crisis para la República, en que se pedían con insistencia hombres de la más acrisolada y reconocida probidad, se llamó a Osorio, poseedor de esas dotes, a que se hiciera cargo de un puesto de gran responsabilidad, y él, obedeciendo a los dictados del más puro patriotismo, aceptó ese puesto tan ajeno a sus aficiones y a sus gustos.

Maquinaciones y odios políticos, que tenían por objeto desacreditar un régimen y acabar con una Administración, envolvieron a Osorio en el turbión de difamaciones, acusaciones y venganzas políticas. Aun cuando la campaña no fue dirigida contra él propiamente, un golpe fatal e imprevisto de la suerte hizo que Osorio quedara envuelto en los ataques.

Por fortuna se hizo sobre el asunto plena luz; la justicia investigó y falló, y el nombre de Osorio vino a quedar completamente limpio de toda mancha. Pero su probidad y su rectitud pasaron por torturas indecibles, y a pesar de su inocencia, pública y oficialmente proclamada por la Corte Suprema de Justicia, Osorio recibió en el alma una herida de que no sanó nunca. Llevó con cristiana resignación el golpe de la iniquidad. Jamás salieron de sus labios recriminaciones ni protestas, pero ese golpe inesperado debilitó su fuerza y agotó sus energías.

Todos vosotros recordáis aquella figura atrayente. Pasó por la vida cumpliendo estrictamente con sus deberes. Amó a sus semejantes como a sí mismo. Honró con sus actos públicos y privados la memoria de aque-